

y menos ideología

MÁS SOLUCIONES

La convivencia democrática funciona y se transforma sustentada en un consenso social. Consenso que trasciende el consenso de las leyes, de la Constitución, y de la acción diaria de las instituciones. La democracia propone y construye los valores del consenso político para la creación de riqueza mediante las exigencias de igualdad y libertad, y reafirma las relaciones de solidaridad y justicia social para alcanzar el bien común. De hecho, pueden existir diferentes formas de consenso, pero siempre se apoyarán en los valores ético-políticos que constituyen los principios de legitimidad de la democracia. Pero como en la vida social no todo es armonía, y dada la naturaleza humana del quehacer político, es de esperar que surjan las pasiones y los conflictos en la interpretación de los principios. Conflictos y disensos que, lejos de resolverse por la fuerza o la arbitrariedad, serán movilizados a través de la negociación y los pactos con vistas a objetivos democráticos, en donde ninguno de los participantes debe quedar excluido. Por ello, creemos que la democracia es el arte de resolver problemas consensuadamente en una sociedad.

Sin embargo, hay voces de incertidumbre, hay voces de alerta. Los venezolanos que en vez de construir consensos nos hemos dividido "verticalmente", y en lugar de actuar como adversarios que luchamos por un proyecto común, estamos empeñados en considerarnos enemigos frontales, donde la disidencia implica la eliminación del "otro".

Romper el círculo vicioso

El país se lanzó por el derrotero de los cambios, más por la repugnancia y anquilosamiento de las opciones del pasado, que por vislumbrar un futuro distinto.

Para nadie es un secreto que no queremos volver atrás. La inmensa mayoría quiere construir una sociedad con bienestar social y convivencia serena en la que nadie sobre y esteamos todos, a pesar de ser distintos. Esta aspiración sólo será posible si reconocemos diferencias, si negociamos alternativas, y si buscamos el consenso para caminar juntos. En otras palabras, si seguimos en un proceso de ajuste de cuentas con el pasado pleno de interferencias ideológicas residuales de otras realidades, si alimentamos el revanchismo para lograr la eliminación y la exclusión del "otro", jamás podremos mirar hacia el futuro.

En las transiciones democráticas que hoy admiramos en otras sociedades como es el caso de España, hubo un encuentro y una voluntad política de dejar el pasado, para llegar a un efectivo consenso sobre el cual construir el sistema político democrático moderno. Entonces, es la hora de hacer política. Es la hora de proponer. Es la hora de transformarnos sin sacrificar los valores permanentes de igualdad, de libertad para escoger, de la justicia social que nos libere de la necesidad y de la solidaridad del compartir.

La confrontación es exacerbación ideológica y por eso se relegan los problemas, los verdaderos problemas. La polarización de posiciones que se ha generado niega por sí misma la discusión real de los problemas, y al no producir soluciones, profundiza la desconfianza en la posibilidad de convivir serenamente.

Hay que construir el consenso social

Es en el Estado en quien recae la responsabilidad primordial de propiciar, tanto el ambiente, como las reglas del juego que garanticen y estimulen el debate de los problemas y la búsqueda de soluciones.

El liderazgo actual puso sobre el tapete, la discusión de la pobreza, la debilidad de nuestras instituciones, y la necesidad de reformar el Estado, el agotamiento de los partidos y la reformulación de nuevas organizaciones políticas, la inhumanidad, corrupción e impunidad del sistema judicial. Todo ello se recogió en el texto constitucional, pero no ha sabido concretar los problemas y administrar los medios para lograr respuestas. El debate ideologizado no ha permitido abordar y enfrentar los problemas que constituyen la tragedia colectiva.

En la confrontación cotidiana se pasea por las coyunturas inmediatistas y se enmascara lo sustancial. El actual liderazgo llena su discurso con el enunciado del sufrimiento de los pobres, pero dificulta los canales de su organización libre y democrática para que puedan expresarse por sí mismos.

Todo esto conduce al autismo oficial en donde se descarta la posibilidad de abrirse a relaciones y posiciones alternativas que restituyan la confianza para construir un consenso social. De allí, el clamor creciente por encontrar vías de rectificación y encuentro. De allí, el rechazo a manipulaciones y agresiones como único intercambio social. Crece la impresión de un "doble discurso" en los responsables de la conducción del cambio.

Ahora bien, en una situación en la que desde la cúspide se han roto las reglas, en donde se atenta contra la institucionalidad, todos los demás sectores de la vida del país tienen que asumir su corresponsabilidad e involucrarse democráticamente, en mantener el rumbo de la transformación deseada. Y toca a la Iglesia, como a todos los demás actores sociales, negarse a la ideologización e imponer la agenda de los problemas reales. Problemas más que conocidos, como son: la lucha contra la pobreza, el empleo, la seguridad, la corrupción y especialmente la ineficiencia. Se requiere construir consensos para dismantelar el rentismo, lo cual implica inducir un cambio en la relación con nuestra gran muleta que es el petróleo y los paternos mecanismos de la dádiva. Tenemos que crear y reconocer los activos de esa gran mayoría silenciosa, lo cual además de estimular la iniciativa de los pobres, nos lleve a pagar la deuda social pendiente. Tenemos que hacer atractivo nuestro país para que el ahorro de tantos venezolanos en el exterior se traduzca en transformación productiva y reconocimiento social de nuestras propias capacidades. Tenemos que concebir y desarrollar un sistema de seguridad social eficiente y transparente que signifique protección, ahorro, inversión y autonomía para la gran mayoría.

Desideologizar y resolver

Requerimos menos ideología y más temática. Requerimos entender que tan necesario es el Estado como la empresa privada, ambos con sus funciones propias y ambos sostenidos sobre la energía y pluralidad de la sociedad civil, de las organizaciones políticas y de la vigencia de los procesos democráticos. ¿Qué hace un país inmerso en una diatriba entre el Presidente y los Obispos con índices de pobreza del setenta por ciento, con un desempleo que ronda el 17 por ciento y cien muertes violentas por semana? Creemos con firmeza que quienes se encuentran al margen de oportunidades y esperanzas, tienen el derecho de confiar en un sistema político democrático que les devuelva el poder como sujetos activos de su propio destino.

Retomemos el significado de los pactos y alianzas. En la tradición cristiana no sólo se refiere a tender la mano a los que sufren, sino exige poner todos los medios para que la vida social discurra por las vías de la reconciliación, de la negociación hacia la verdadera paz social que nace de la justicia. Pacto que nace de la iniciativa del grande hacia el pequeño, del fuerte hacia el débil. La base firme de los pactos es consustancial a la experiencia religiosa en donde nunca se aniquila a la contraparte, por el contrario se crece conjuntamente. Más soluciones y menos ideología. Más transparencia y menos ineficiencia. Voluntad política para superar las tentaciones de encarnar todo el poder y se fortalezcan los contrapesos para salvar el Bien Común.

Editorial